

por fin echar á pique al imperio, lo apruebo de antemano.

Entonces fué cuando se forjó el plan de Casa Mata, que se llamó así porque allí se hizo, esto es, en el fuerte en donde Echávarri tenia su Cuartel General.

En el nuevo plan no se hablaba ni palabra de República y aun se ofrecia no atentar á la vida del emperador; pero sí acatar la voluntad del congreso que conforme á las bases tendria que reunirse. Entonces lo que empezó á gritarse despues desde Veracruz hasta Colima, fué:

¡Viva el Plan de Casa Mata!

CAPITULO IX.

EN LA CORTE.

Cuando regresaba Iturbide de Jalapa, supo en Puebla que se había pronunciado Santa Anna en Veracruz, causándole tal noticia, como es desuponerse, un efecto espantoso. No le daba á aquello ninguna importancia contando con el ejército y creyendo contar con la voluntad de la Nación; pero sentia cómo se ajaba su dignidad, cómo se hacia menosprecio de su elevada soberanía con aquella rebelion que establecia un precedente fatal, cuando consideraba que el monarca era una ságrada persona contra la cual no era permitido alzar la mas leve protesta. Era en su concepto un crimen de lesa-magestad el cometido por Santa Anna, y se proponía castigarlo con severidad tal, que á nadie le quedaran deseos de pensar siquiera en sublevarse contra el augusto emperador.

—Y lo que mas me hiere, decia á su Secretario de

Guerra el general Dominguez, es que ese Santa Anna se haya burlado de mí dándome su palabra de honor de que vendría á México antes de quince días.

Se levantó del sillón que ocupaba y empezó á dar vueltas por la alcoba en estado febril, deteniéndose repentinamente en frente de Dominguez, que tambien se habia puesto de pié, para decirle:

—Y ¿quién es ese Santa Anna? ¿qué méritos tiene? ¿qué campañas ha hecho, en qué victoria se ha distinguido para que tenga la audacia de llamarse ya general, segun esas cartas de Veracruz?

—V. M. sabe mejor que yo quien es ese oficial.

—Sí, lo sé demasiado: es un intruso en el ejército libertador, que á fuerza de audacia y de intrigas logró apoderarse de un puerto que no le correspondía. Comenzó por apropiarse los ascensos que le mandaban los realistas cuando ya se habia pasado á las filas contrarias y luego pretendió alucinarme á fuerza de adulaciones, hasta proponiéndome venir él mismo á amarrar al congreso y ofreciéndome apoderarse de la conducta para que tuviéramos elementos y proclamarme Señor absoluto. Es un hombre sin delicadeza, sin honor, sin principios, sin honradez y sin conciencia. Yo lo hice brigadier, le dí la comandancia de la principal provincia, le honré con una condecoracion, le ofrecí encargarme de su porvenir y me ha pagado con una de las mas grandes villanías. Todas aquellas bajas adulaciones de sus cartas y de sus proclamas, todo aquel ofrecermé derramar su sangre por la familia imperial, todo aquel entusiasmo en favor del trono, no han si-

do mas que frases huecas, no fué mas que un barniz que quiso dar á sus sentimientos de víbora traidora. Es necesario escribir, ordenar á Echávarri que no descansa, hasta coger vivo por cualquier medio que sea á ese canalla. Quiero hacerlo ahorcar en México, en una plaza pública, con la casaca vuelta al revés, para que despues sea fusilado por la espalda, como se fusila á los traidores.

Dominguez trató de calmar el negro humor de S. M. ofreciéndole que sin duda alguna Santa Anna seria cogido vivo y fusilado, y al día siguiente continuaron la marcha para México procurando hacer la entrada á horas imprevistas para que no se le hiciera ninguna manifestacion. Así, cuando acordaron los habitantes de la capital, ya su emperador estaba en el Palacio sin que se hubiera tirado un cañonazo, ni se hubiera dicho siquiera una mala misa por su feliz regreso.

Antes de quitarse las botas fuertes fué á visitar á la emperatriz que habia dado á luz sin novedad al Benjamin de los príncipes y por cuyo suceso sí se habian hecho muchas rogativas en las iglesias y se habian tocado repetidas veces las campanas.

La emperatriz estaba en su gran lecho dorado y en torno de ella, en diferentes actitudes, se encontraban todas las damas de la corte.

La princesa, que tambien estaba allí sin entender nada de etiquetas, se echó en los brazos del emperador. Este la medio abrazó, y haciéndola á un lado dulcemente, la dijo:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—Permítame Su Alteza presentar mis respetos á la emperatriz.

Iturbide se acercó al lecho, tomó una mano de su esposa, la besó y dijo entre serio y entre burlesco:

—¿Cómo se siente V. M.?

La emperatriz lo invitó á que se sentara cerca del lecho para que le refiriera cómo le había ido en su viaje y entonces toda la corte se retiró, esto es, las damas y los edecanes.

—Estoy fastidiado, dijo casi al oído á la emperatriz.

—¿Por qué?

—Nos quieren quitar la corona,

—¿Cómo? ¿quién? preguntó ella alarmada incorporándose.

—No se asuste S. M. que todavía les ha de costar mucho trabajo, porque me prometo defenderla con tanto tesón como cuando la conquisté.

—Quítate de magestades y dime con llaneza lo que pasa.

—Pues pasa que un jefecillo insignificante, un tal Santa Anna, ha proclamado en Veracruz la República.

—¡Válgame Dios, Agustín! eso puede traer consecuencias.

—Ningunas. Ya mandé cogerlo, y me lo traerán para castigarlo.

—Y por lo demás, ¿te fué bien en el viaje?

—Así, así. El objeto que llevaba era quitar de la Provincia á ese pillo de Santa Anna: tu dirás si me fué bien.

—Pero ¿te hicieron muchas fiestas, te recibieron con esplendidez?

—En todas partes, menos en Jalapa, porque todo aquello lo tienen dominado entre Santa Anna y los españoles.

La conversacion de los emperadores degeneró en banal por otro cuarto de hora, mientras que las damas y los caballeros permanecían esperando en dos cámaras contiguas que estaban separadas, comunicándose solamente por los balcones que daban sobre un patio. A la vez que una bella dama apareció en un balcon, se presentó en el otro un guapísimo edecan de los de Iturbide.

—¡Esperanza! dijo suspirando el galán, ¿cuándo tendrá para mí ese nombre todo su significado?

—¿Me decía usted algo, señor marqués?

—¿Qué otra cosa tengo que decirte, bien mio, sino que te amo? exclamó el galán con atrevimiento.

Doña Esperanza se puso como unas granas y sin atreverse á retirarse del balcon en donde estaba como clavada, bajó los ojos con modestia y guardó silencio.

—Mi Esperanza, mi cielo, continuó diciendo con fuego el jóven edecan, no dejaré escapar esta hermosa oportunidad que tanto deseaba para repetirte lo que te he dicho en mis cartas, que sin tí no puedo vivir, que estoy loco por tí de amor y que solo espero que tu decidas de mi suerte, si es que me amas, para gozar plenamente de mi dicha; si es que me desprecias, para ir á buscar la muerte en donde quiera que haya peligros y combates.... ¿Me amas, Esperanza?

—Señor marqués, contestó Esperanza con un tím-

bre de voz celestial, bien sabe su señoría que hay entre nosotros dos abismos insondables.

—Entre nosotros dos no hay abismo ninguno, y aun creo que nuestros corazones se han acercado sintiendo mutuas simpatías desde la primera vez que nos vimos: entre nuestras familias puede haberlo, pero cualquiera que sea el abismo, nosotros lo salvaremos con nuestro amor.

—¡Ay! Ricardo, que bien se echa de ver que no conoce vd. el carácter de mis padres y la severidad de sus juicios.

—Pero conozco la terquedad de los míos, y con todo, veo esos obstáculos como castillos de barajas que se desvanecerán al menor soplo, cuando nosotros les digamos á nuestros respectivos padres que nos amamos y que nada en el mundo será bastante á desviar nuestras inclinaciones. Yo, Esperanza, veo en los ojos de vd., la bondad que ha tenido hoy para escucharme y para responderme, veo siempre que la encuentro algo en su frente que me dice que soy amado; pero necesito que me lo diga. Ya comprenderás cual será mi confianza cuando así te hablo añadió con mas ternura, y cuando así confío en que no puedes menos que amarme, porque debes sentir que hemos nacido el uno para el otro, que tenemos que amarnos con toda nuestra alma y que debemos de unirnos algun día para no separarnos nunca.

—En efecto, Ricardo.....comenzó á decir Esperanza, cuando se presentó otra de las damas diciendo, Al cuarto de la emperátriz,

LEYENDAS HISTORICAS.



—¡Esperanza! dijo suspirando el galán, ¿cuando tendrá para mí ese nombre todo su significado?

Ricardo tuvo tambien que ir á reunirse á la comitiva del emperador, dando á los diablos aquella voz de mando tan inoportuna que vino á cortar la frase mas interesante en la contestacion de su Esperanza.

Ahora diremos brevemente algo respecto de quienes eran Esperanza y Ricardo.

Esperanza era la mas joven y la mas bella de las damas de la emperatriz. Contaba 16 años y estaba ya completamente desarrollada. Si su cuerpo era gentil, si sus formas eran las de una diosa, su semblante no era menos encantador. Sobre todo, sus ojos soñadores deslumbraban con sus miradas y su boca era fina y graciosa, adornada de unos dientes magníficos y de una voz verdaderamente armoniosa. A la vez que el perfil de su rostro era correcto, tenía suma gracia y grande expresion. Ni siquiera necesitaba recargarse de adornos para estar hermosa, porque cuando estaba vestida con mas sencillez mas se veían resaltar sus gracias naturales que la asemejaban realmente á una diosa.

Su físico era pues inmejorable y en cuanto á la parte moral no lo era menos, pues si bien estaba educada algo en las prácticas devotas segun la usanza y no había recibido una gran instruccion, poseía buenos sentimientos naturales y su escensiva temidez la hacía aparecer un tanto cuanto mogigatá.

Pertenecía á la noble familia de los Cadena y su padre Don Ramon era orgulloso y testarudo; así como Doña Ana su mujer, madre de la joven, era vana, rencorosa y muy pagada de sus timbres y de su ilustre

prosapia, fundando todo su orgullo en descender de la mas pura raza española.

Ricardo, todo lo contrario, era hijo de un campesino que había hecho gran caudal con su trabajo, quien había prestado á Iturbide fuertes cantidades en los tiempos para él mas calamitosos, por cuyo motivo había querido premiar aquellos servicios ennobleciendo al hijo para quien había buscado un pergamino que le daba el título de marqués del Olmo. D. Hilario Guzman, así se llamaba el rico labrador, había resistido, pero algo de vanidad en la familia y algo de interés en Iturbide, le hicieron aceptar para su hijo el título de marqués y el empleo de edecan.

Ricardo era un guapo mozo, según hemos dicho antes, y aunque había pasado una parte de su vida en el campo, lo cual le había valido hacerse ágil y robusto, en los últimos tiempos había hecho algunos estudios al lado del Lic. Espinosa de los Monteros que era su padrino y le había servido de tutor. Tenia mucho despejo y ambicionaba figurar como militar mejor que como letrado, sentándole muy bien el traje de uniforme que portaba con más frecuencia.

Las familias de Cadena y Guzman poseian fincas de campo limítrofes que les habían ocasionado algunos pleitos en que siempre había triunfado la segunda, porque le amparaba la justicia; y como estas fincas habían prosperado más, porque tenían abundante agua y eran mejor cultivadas, de allí había nacido tal odio de parte de los consortes Cadena hácia los consortes Guzman, que podia llamarse á la altura en que estaba,

irreconciliable. Lo que más les había hecho montar en cólera era lo del título de marqués para Ricardo, lo cual había hecho casi blasfemar á Doña Ana, que si bien era muy religiosa, era tambien muy exaltada. No podia ver con buenos ojos que Iturbide dispensara su proteccion á los Guzman y por eso ellos se habían hecho del favor de la emperatriz hasta entregarle á su hija Esperanza para tenerla más de su parte. Por medio de esta poderosa influencia esperaban un dia ú otro, poder sobreponerse á sus rivales en la Corte. Por su parte la familia Guzman, que no tenia los mismos motivos para aborrecer á la familia Cadena, si bien no la despreciaba porque era muy encumbrada, al menos evitaba todo contacto con ella y sólo se permitia motejarla en muy contadas ocasiones. En lo que si Don Hilario Guzman se mostraba intransigente, era en las propiedades en las cuales mantenía la más rigurosa disciplina, disciplina que consistía en no permitir la menor invasion de sus vecinos, en impedirles que tomaran sus aguas y más que todo, en no dejarles transitar por sus fincas sino era por los caminos reales. Don Ramon de la Cadena, por su parte, acostumbrado por el ejemplo de sus antepasados á toda clase de invasiones, hecho á tomarse los terrenos y el trabajo de los pobres sin admitir observaciones y señor absoluto como queria ser en donde quiera que se encontrara y más en sus tierras, se ponía furioso siempre que encontraba el menor estorbo en sus usurpaciones ó impedimento á sus caprichos, lo cual daba origen á pleitos interminables entre ambos propietarios de que siempre se estaba ocupando la curia,

Por todas esas circunstancias, aquella misma noche cuando Esperanza llegó á su casa acompañada de su hermano y fué llamada á la mesa, no pudo menos de estremecerse al oír á su padre que decía:

—Si es cierto lo que he oído decir, que además del título de marqués intruso que se le ha dado al mequetrefe hijo del aldeano Guzman, se le va á dar también la cruz de la orden de Guadalupe, vale más echar á la lumbre las tales condecoraciones.

—Sí, se están ordinariando mucho, exclamó doña Ana muy indignada. Hacer nobles y caballeros á los trabajadores del campo.....¡no se puede pedir más!

—Yo voy á promover en el Consejo que se haga una representación.

—Y yo, mañana que lleve á Esperanza á Palacio, voy á permitirme decir dos palabras al oído de S. M. la Emperatriz.

—Ahora si al patarato de Guzman.....

—¿Al padre?

—No, al hijo, al hijo, que pasó por aquí á caballo dándose unas ínfulas como si fuera el mismo emperador.....¡qué fátuo! ¡qué necio!.....y levantaba la cabeza viendo á nuestros balcones como queriéndonos dar en cara con su improvisado encumbramiento....digo, que si á tal individuo se le ocurre volver á pasar por aquí, ha de pesarle.

Esperanza no pudo resistir más y se retiró pretestando un fuerte dolor de cabeza.

CAPITULO X

SUEÑOS Y REALIDADES.

El palacio de Moncada, en donde continuaba viviendo la familia imperial con su abigarrada corte que se disolvía en su mayor parte por las noches porque no había suficiente espacio para alojar á todos los que la formaban, presentaba un aspecto de animación inusitada: entraban obispos, generales, magistrados, condes, marqueses y las familias más encopetadas. Las damas de la emperatriz estaban vestidas con sus mejores galas y los caballeros del emperador ostentaban también sus más brillantes uniformes. El tesoro imperial estaba á la cuarta pregunta, una vez que los fondos se habían empleado en alistar la armada que había de exterminar á los revoltosos de Veracruz; pero el fastuoso lujo desplegado en aquella noche disimulaba un tanto cuanto la miseria, debido seguramente á los ahorros de los soberanos que habían tenido que salir á hacer suplementos de alguna consideración á sus vasallos.

Se trataba del bautismo del príncipe Felipe, An-